

LOS ÚLTIMOS AÑOS DE O'HIGGINS

FERNANDO CAMPOS HARRIET
Academia Chilena de la Historia

I

Desde 1811, hasta su abdicación del mando en 1823, O'Higgins no tiene vida privada sino en el aspecto estrictamente personal. Todo se lo da a la causa de la Independencia. No hay gustos, ni preferencias, ni aficiones, ni pasatiempos, ni devaneos galantes.

Pero —no hay regla sin excepción—, en ese lapso, y ello entre 1817 y 1818, hay una gran pasión, que si no le consume en su llama devoradora, es porque está alimentada más por la riqueza ardorosa de los temperamentos, que por la comunidad de ideales o sentimientos; por el amor, en suma. Pero ese breve paréntesis pasional dejará una huella indeleble en su vida y prolongará su estirpe hacia el porvenir...

Después de su gobierno, en el destierro, en el viejo Perú, vienen sus servicios en las últimas campañas de la Independencia americana, hasta que España capitula en Ayacucho el 9 de diciembre de 1824. Su nombre en estos períodos entra de lleno en la Historia.

En los entretelones, en las altas horas de las noches en que tuvo un momento de reposo, sólo hay un hombre vencido por el sueño y la fatiga. Es necesario que deje de actuar en la epopeya de la Independencia americana, que deje de ser el Libertador que Chile aporta a su afinzamiento para que, ciudadano común y corriente, en su retiro de Montalván, podamos verle aparecer de pronto con sus gustos, sus caprichos, sus pequeñas manías...

¿Sus amores de juventud? Ya lo sabemos: Mrs. Carlota Eels, en los días



DON BERNARDO O'HIGGINS, DIRECTOR SUPREMO DE CHILE 1817-1823

de su adolescencia en Richmond, su imposible y romántico amor primero... después, la patria independiente, la América libre, fueron sus grandes amores, sus ideales, su meta. Como en los místicos, su alma se consumía tras estos ideales y sus actos fueron encaminados a conquistarlos.

Ahora está en *Montalván*, hacienda de caña que con *Cuiva*, ambas vecinas, habían sido confiscadas a su anterior propietario, el oficial español Manuel Arredondo, y donadas a O'Higgins por decreto del 30 de marzo de 1822, durante el Gobierno Directorial de San Martín. Era una compensación por la pérdida de gran parte de los bienes hereditarios recibidos por O'Higgins, ocurrida durante las campañas de la Independencia.

Ahora, en Montalván, junto a él está un niño: su hijo Demetrio. Forzosamente don Bernardo recordará a la rubia penquista que le dio este hijo; recordémosla nosotros también.

Doña María del Rosario Puga y Vidaurre fue bautizada en Concepción 12-1-1796. Venía de una estirpe fundada en el viejo Penco por don Alonso de Puga Novoa Laso y Mogrovejo, bautizado en Galicia, 1593; alcalde de Concepción, 1650. Desde entonces los Puga forman en el Real Ejército y en los cabildos penquistas. Por su estirpe materna, doña Rosario era sobrina nieta del historiador penquista, el jesuita Felipe Gómez de Vidaurre, autor de una célebre *Historia de Chile*. Casada a muy temprana edad con el militar de la Independencia, don José María Soto Aguilar y Rioseco, tuvo dos hijos fallecidos niños. Desde entonces el matrimonio anduvo mal y estaban separados. Por siglos, los Puga tuvieron estancias en Maule, Chillán e Itata. Algunas deslindaban con propiedades de los Riquelme de la Barrera, la estirpe materna de O'Higgins. Pugas y Riquelmes fueron vecinos y amigos: sus vidas, como los caminos de sus estancias, se cruzaron más de una vez...

Cuando don Bernardo O'Higgins, Director Supremo de Chile, resolvió abatir en Concepción la bandera de España, que seguía flameando victoriosa en Talcahuano, defendida por el imbatible Ordóñez, emprendió la campaña militar de 1817: en abril de ese año designó como Director Delegado o sustituto al coronel argentino don Hilarión de la Quintana, dejó la capital y se dirigió al Sur acompañado por su ministro de Guerra, don José Ignacio Zenteno. El ejército patriota recién organizado por O'Higgins tendrá en esta campaña su prueba inicial.

En mayo de aquel año acometió el prócer el sitio de Talcahuano, agotó su ingenio y su iniciativa en una tremenda lucha de posiciones, sin poder ocupar la plaza. Estuvo, como siempre, en los asaltos, en los sitios de mayor peligro. Pero estos ataques, unos parciales, otros a fondo, se estrellaron con la férrea defensa del jefe español. O'Higgins decidió dejar

pasar el invierno para reiniciar las operaciones: en octubre recibiría de Santiago refuerzos de soldados, armas y municiones.

Mientras tantos residía en Concepción, en el palacio directorial. El largo invierno, los cortos días sin sol, las lluvias y tempestades impedían toda acción militar. Por las noches, el Director Supremo reunía en su tertulia un reducido grupo de amistades, las más íntimas. Allí no podía faltar doña María del Rosario Melchora.

Era por aquel entonces una dama de veintiún años y estaba en todo el apogeo de su belleza: rubia colorina, muy bonitas las facciones y los ojos verdes, magníficos como dos esmeraldas. Los ojos verdes de las Puga fueron famosos en la tradición penquista, y aun después de apagadas sus vidas, seguían brillando en los retratos del viejo abolengo, en la sombra de los salones señoriales. Además, doña Rosario estaba tan bien formada, era tal la belleza de su busto, que por ello la llamaban "la punta de diamante".

O'Higgins no era precisamente un seductor. En las tertulias palaciegas penquistas permanecía como alejado y ausente, mientras se hacía música, se jugaba a los naipes, se servían bebidas, una que otra vez se bailaba. El arpa y la guitarra eran los instrumentos habituales. O'Higgins solía tocar el piano.

En una de estas tertulias, un grupo de damas penquistas resolvió sacar a O'Higgins de su morriña. Dice la tradición —o la leyenda— que doña Rosario Puga extendió sobre una mesa una baraja, rodeada de sus amigas: una carta representaba al Director Supremo. Cada una de las madas debía sacar una carta, por orden de situación en la mesa. La suerte favoreció a doña Rosario.

El prestigio del héroe, el halo romántico de su infancia y juventud solitarias y huérfanas de afecto, su madurez consumida en el ardor de la batalla por la gran causa de la Libertad de Chile, atraían y embrujaban a la hermosa joven; ella sabía que ambos tenían un nexo común: la soledad sentimental y la íntima aridez de sus vidas faltas de cariño. Aquella noche la carta del azar había marcado su destino. Desde ese instante, la rubia penquista inició un ataque frontal y puso sitio a la plaza. O'Higgins capituló mucho antes que Talcahuano. La fortaleza seguía en poder de los realistas, en el puerto amurallado. Pero el corazón de O'Higgins ya había abatido su resistencia.

Fruto de estos amores nació en Santiago don Pedro Demetrio O'Higgins y Puga, bautizado en la parroquia de San Isidro el 28 de junio de 1818. Su padre, don Bernardo, le llamó siempre Demetrio y lo llevó consigo a su destierro en el Perú.

La rubia pelirroja continuó viviendo en Chile, en la capital. Después del nacimiento del niño, que enciende una nueva llama de vida, la pasión

de los padres se extingue, pronto ya no son sino cenizas que la niñez de Demetrio aviva.

Doña María del Rosario tiene una vida dura, opaca; marcha hacia otros rumbos. Y estas vidas que en un punto, como los viejos caminos de sus haciendas, se cruzaran, llevan ahora cada una un destino diferente.

II

Pero ya don Bernardo está en Montalván, alejado del mundo y de sus pompas vanas.

La hacienda de Montalván, histórica por dar albergue al gran patriarca de la Independencia americana, se componía de una angosta faja de tierra cultivable que se extendía por el espacio de más de una legua entre el pueblo de Cañete, villa pintoresca y cabecera del valle de ese nombre, y el puerto de Cerro Azul, en la orilla del mar. Dos canales de regadío, llamados de Mamala y Santa Rita, cercaban sus costados por el sur y norte, terminando al poniente en la playa del Pacífico.

Las casas de la hacienda, situadas en la extremidad opuesta, formaban casi una parte de los arrabales del pueblo, pues las separaba de su plaza principal un espacio de menos de 300 varas.

La hacienda estaba destinada exclusivamente al cultivo de la caña de azúcar y estaba dividida en cuarteles o pequeños potreros. O'Higgins, en sus añoranzas, había dado a cada uno nombres que recordaban alguna gloria americana. Así había un potrero de "San Martín", otro de "Bolívar", otro llamado "Junín", otro "Maipú", etcétera.

Las casas guardaban las proporciones y arquitectura características de todas las mansiones semif feudales, semiasiáticas del Perú. Edificadas por el famoso regente Arredondo sobre las ruinas de un antiguo templo o palacio de los indígenas, dominando un valle en un alto terraplén, al que daba acceso desde un anchuroso patio, una doble escalera de ladrillo y madera. Vicuña Mackenna, en su *Vida de O'Higgins*, nos hace esta descripción, agregando que la casa se componía de un solo y espacioso cuerpo, con un salón vasto y artesonado en el centro, salas dilatadas a ambos lados y un ancho corredor, en forma de galería abierta, que corría por todo el frente, mirando el norte.

Vicuña Mackenna, que visitó Montalván en 1860, nos dice que el salón había sido decorado con efímeros oros y no conservaba más adornos que dos excelentes retratos puestos el uno frente al otro, sobre sus entradas principales. Eran los retratos de O'Higgins y Bolívar.

Según el mismo historiador, con los exiguos capitales que contaba O'Higgins, que no tenía otros elementos de trabajo que los brazos de 50 ó

60 negros, y cuya benignidad paternal con ellos corría pareja con su desinterés, la hacienda no daba más rendimiento que unos diez o doce mil pesos anuales, producto de 6.000 arrobas de azúcar y de algunas toneladas de aguardiente que se consumían en las propias faenas de la hacienda y en el pago de antiguos créditos.

“Consta en los libros de Montalván, de la correspondencia del General y de los testimonios unánimes de los hacendados del valle —dice el citado historiador— que el General O’Higgins, a quien se suponía una fortuna colosal y escondida, vivía rodeado de estrecheces y aun de conflictos tan graves que más de una vez le obligaron a golpear para atender a sus gastos más precisos, a la puerta de algún honorable vecino”.

III

O’Higgins, en esa época presentaba el aspecto de un hombre maduro y todavía fuerte. Tenía un hermoso rostro de puro tipo céltico. En sus ojos, de un azul claro, el tiempo había dejado un rastro de cansancio.

Ahora que un ligero problema al respirar, una incipiente asma, le impide a veces desarrollar la intensa actividad de antaño, don Bernardo pasa algunas horas en su parque de Montalván, sombreado de árboles tropicales, donde triunfa la frágil belleza de las rosas limeñas. Y en el abandonado jardín del Regente que evoca las antiguas pompas virreinales, don Bernardo gusta el exquisito placer de contemplar, desconocido en su vida de hombre de acción, y descubre con agrado la música de la fuente, que en el fondo del parque habla de una juventud eterna y fuerte, limpia de odio y de pasión.

Doña Isabel Riquelme y doña Rosa O’Higgins acompañan a don Bernardo en Montalván. Doña Isabel ya no es la altiva matrona de los días de la abdicación de O’Higgins. Los años la han hecho a ella, siempre tan animosa, abdicar el mando de la casa en su hija Rosa.

Esta coge el timón a las mil maravillas, y es tan afanosa, enérgica y diligente en las labores domésticas y aun en las agrícolas, que su hermano descansa un poco en su laboriosidad, y en la hacienda la llaman los inquilinos “el general con polleras”.

Junto a O’Higgins está ahora su hijo Demetrio. Es un niño de corta edad. Don Bernardo le trata con rigor. El, que no conoció la ternura paternal, juzga necesario que su hijo se endurezca desde niño. Hay cierta dificultad en los O’Higgins para expresar sus grandes sentimientos paternos: don Bernardo piensa en su padre, a quien no conoció y le legó su fortuna.

Don Bernardo se levanta temprano. Viste de civil como un vecino

cualquiera. En el campo no olvida el criollo poncho. Se preocupa del laboreo de su hacienda.

Católico práctico, los domingos va a Cañete por oír misa.

Bolívar le ha regalado un caballo que lo mantiene en sus pesebreras con extremada regalía; y otro, al que dedica sus preferencias, llamado *Huamanguino*, en el que ha hecho la campaña de Junín. Gústale cabalgar por su hacienda y, como un auténtico huaso, siempre usa espuelas para montar.

La lectura, el recuerdo de sus afanes, ocupan sus ratos de ocio. No bebe nada don Bernardo. Solamente en los banquetes, para las grandes ocasiones, en los aniversarios de los triunfos chilenos, en los brindis oficiales, interrumpe su sobriedad. En cambio era un gran aficionado al té, gusto británico adquirido en su estada en Londres.

No gustaba de visitar a los hacendados sus vecinos: tenía del *gentleman* un gusto instintivo por el aislamiento. Sus relaciones en el valle se limitaban al ilustre sabio don Hipólito Unanué, cuya hacienda deslindaba con la suya.

En cambio la hospitalidad de Montalván era tan fastuosa como sus medios se lo permitían, y en esto su hermana Rosa "le sobrepujaba con exceso". Montalván, en el centro del gran camino de Lima a Arequipa, era hospedaje obligado para militares y viajeros. Bolívar, Santa Cruz, Salaverry, Lafuente y muchos otros, en días pacíficos o turbulentos, son huéspedes de los O'Higgins. Doña Rosa, siempre fastuosa, les obsequiaba con opípara mesa. En el día aniversario de Chile, don Bernardo presidía la cena a la que asistían convidados del valle o de Cañete. Asimismo para los cumpleaños: doña Rosa sacaba de los viejos cofres familiares la rica y suntuosa vajilla de plata. Rosa O'Higgins no se ahorra molestias ni sacrificios con tal de mantener con dignidad el rango del Capitán General de los Ejércitos de Chile, Brigadier de las Provincias Unidas del Río de la Plata y Gran Mariscal del Perú.

Por los veranos, pasaban los O'Higgins alguna corta temporada en la caleta de Cerro Azul, tomando baños de mar. Asegúrase que en 1860 divisábase aún, en los altos farellones que cierran el sur de ese puerto, escrito el nombre de O'Higgins, por su propia mano, en las piedras azulejas que dieron nombre a ese lugar. Pequeño gesto de niño que nos resulta enternecedor en la talla de O'Higgins, que ya hacía tiempo había escrito, en la piedra granítica de la inmortalidad, y con caracteres indelebles, su nombre ilustre.

IV

Tras cortas temporadas en Lima, volvían los O'Higgins a Montalván. Continuaba la vida apacible y familiar. Por las noches, después de comida, trabaja don Bernardo en diversos proyectos: sobre colonización del Sur de Chile por colonos europeos; en la unificación de la República por asimilación de sus razas (hoy una realidad), trabajo en el cual él gustaba llamarse "araucano", en el establecimiento de la colonia militar de Magallanes. Incluso soñaba en un *Congreso Americano*. Repasaba sus recuerdos; tenía el pensamiento fijo en la patria lejana. Era un pensamiento dominante que volvía a cada rato, con la violencia del pájaro que bate en lo oscuro. Y estas memorias, en vez de sumirlo en la amargura monótona del presente ingrato, lo llenaban de la fecundidad pretérita.

A cada rato don Bernardo fuma, fuma innumerables cigarrillos. Por las noches, después de escribir, de leer, junto al fuego en los inviernos, sueña, dormita. Se retira el último a descansar.

Cuenta uno de sus biógrafos que a veces entretenía sus soledades tocando un acordeón, instrumento que había aprendido a usar en Inglaterra. Don Bernardo amaba esa música humilde que ponía paz y dejaba nostalgia en su corazón.

V

Por las tardes, por los caminos solitarios de Montalván, un hombre de edad madura, un poco grueso, cargado de espaldas, camina con rápido y ágil paso. En los otoños cálidos, sus pisadas van quebrando el oro deslavado de las hojas secas.

"Oh recuerdo, recuerdos, ¿qué queréis?"

Sí, ya todo era para él como un recuerdo. Había ido por la vida directamente al encuentro de sus sueños; ¿eran ya realidad?... ¿Ingratitud? La conocía desde niño; se había acostumbrado a despreciarla. Podía despedirse sin rencor; podía recordar sin tristeza. Su adiós tenía un sentido diferente. La vida no había pasado en vano; no lloraba en su corazón la vieja melancolía de Heráclito. En el otoño de sus espléndidas glorias, veía caer, uno a uno, con las hojas sus recuerdos. Y sin soberbia, vislumbraba que los había ido recogiendo la Historia de su Patria.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- FERNANDO CAMPOS HARRIET. *La Vida Heroica de O'Higgins*. Premio Atenea, 1947.
_____. *Leyendas y tradiciones Penquista*s. 2^{da} Parte. Editorial Orbe, Santiago, 1976.
- GUSTAVO OPAZO MATURANA. Índice de fichas históricas en el Archivo Nacional de Santiago. Propiedad del autor (legado testamentario).
- BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA. *Vida de O'Higgins*. T. V de sus Obras Completas, p. 589 y siguientes.
- ERNESTO DE LA CRUZ. *Epistolario de Dn. Bernardo O'Higgins*. Santiago, 1916. T. I, p. 334. (Carta sobre la donación de la hacienda de Montalván).
- SERGIO FERNÁNDEZ LARRAÍN. *O'Higgins*. Editorial Orbe, Santiago, 1974, p. 161.